

JUAN AGUSTIN GARCIA

EXAMEN GENERAL DE SU OBRA HISTORICA

El doctor don Juan Agustín García, cuyo fallecimiento acaeció en la ciudad de Buenos Aires el 23 de junio ppdo., había conquistado y mantenido, por la más franca dedicación al estudio, una posición elevada entre los argentinos de su época, realizada por sus prendas de distinción intelectual y su alma caballeresca.

Su vida no podrá ser trazada en estas páginas con la amplitud de una noticia que comprenda las múltiples manifestaciones de su espíritu, pero lo será con el afecto y la verdad que nos imponía su trato muy cordial, por mucho tiempo y de interés intelectual continuamente renovado.

Es de creer, por otra parte, que alguno de sus discípulos cumpla con el deber de gratitud para con este maestro esclarecido, cuya actuación en las aulas, libre de ambiciones personales prefirió la tranquilidad, entregado a sus libros y papeles predilectos, y en lo posible alejado del medio un tanto agitado de la universidad en los últimos tiempos, que él advirtiera y comentara con acentuada pesadumbre.

Corresponde, en rigor, que sea su biógrafo alguno de los muchos jóvenes de singular ilustración y juicio templado para que, sin puntillos de vanas pretensiones en la calificación de ideas que pasaron pueda ofrecernos la comprensión esencial de sus cualidades personales de hombre y maestro, de filósofo y amigo.

Nos proponemos discurrir, en esta ocasión, sobre la actuación de García en la cátedra de historia de América, de la significación que le atribuimos a sus predilecciones ideológi-

cas llevadas al campo de los estudios históricos, y, a los cuales, el honrado maestro jamás atribuyó una importancia mayor que no correspondiera a la de su entera realidad.

Para fundamentar nuestras reflexiones sobre la fuerza moral que le impulsaba, poseemos los rasgos acentuados de su educación, en el sentido más general, sus condiciones de estudiante, de magistrado y de ciudadano; de los actos que trascendieron a ciertos círculos de la sociedad argentina en donde actuara y diera lustre a su linaje. El hogar de García, como tantos y tan meritisimos hogares bonaerenses, tuvo que sufrir desde los primeros tiempos de la organización del nuevo Estado, las consecuencias de los extravíos políticos y las pasiones de caracteres muy diversos, tan propias de toda sociedad en formación y de cepa bravía.

Aunque él y los suyos no fueran actores, debió sentirse sacudido en todo su ser por aquellas tempestades del mar lejano y cuya impresión renovara — mediante inolvidables referencias de gentes muy vinculadas a los acontecimientos — o reconstruyera mentalmente en las lecturas de testimonios escritos fehacientes. Y así, sin alterar el desarrollo de los hechos o de sus causas, desentraña de la idiosincrasia argentina y explica las categorías o conceptos de su interpretación del pasado nacional.

En sus primeros ensayos de escritor, como jurista e historiador, pudo revelar la posesión de un sentido histórico, que aplicara para definir los matices más singulares de la vida del país. Mediante la continuidad del examen y el deseo de ver mejor y de apreciar los fenómenos colectivos verdaderamente significativos, pudo ensayar sucesivas explicaciones de la trabazón del proceso integral en sus bases más inmediatas, las que había encontrado, como otros escritores, en las necesidades, ideas y sentimientos dominantes.

En los escritos más recientes se encuentra gradual y fuertemente impreso ese sentido del pasado, vinculado a cierta sagacidad de intuición y a una justedad espontánea de los vocablos. Todas esas calidades fueron frutos de su inteligencia, que sazonaron sus lecturas escogidas y la refinada cul-

tura que heredara o le rodeara muy de cerca, mediante la cual pudo comprender lo que ocurriera en otros tiempos, reafirmado por las tradiciones, en lo más hondo y sensible del alma nacional.

Y a semejanza de los polluelos en el nido que oyeran las canturrias de los padres en el hogar, las perpetuaría con amor y fidelidad, como los boyeros del Paraná, siempre al ritmo de las aguas y de las ramas del sauzal...

*

* *

Puede decirse que Juan Agustín García encaró los problemas de la historia, generales y particulares, de concepto y de técnica, conducido por sus preocupaciones de jurista, y eso ya representa una convicción por mucho que se hubiera malogrado en sus primeros ensayos.

No es el caso, pues, que haya llegado a definir sus gustos por la historia, derivando de veleidades literarias, ni de las severas y muy respetables cuestiones de las críticas paleográfica y filológica, que por muy fundamentales son, generalmente, de menores alcances.

Es sabido, asimismo, que, como jurista pudo figurar en las filas que encabezara el gran Savigny, y en materia histórica con decir que fué un romántico no se expresaría lo suficiente. Cuando sobre estos problemas discurriera en privado, enseñara en la universidad o escribiera, habían pasado ya los momentos culminantes en que los sociólogos hicieran declaraciones en ciertos casos bien explícitas de una similitud no establecida por los fundadores de la doctrina, entre la historia del derecho y la historia política, para que al fin de cuentas quedara demostrado que había sido necesario proporcionar una correcta lección al llamado "pragmatismo".

Consecuente con su tendencia ideológica, que robustece por el examen y discusión en la cátedra y la publicación de estudios especiales de filosofía, historia y crítica, asienta sus principios y su método en contribuciones de importancia y de

alta trascendencia para nuestro medio intelectual. Eso ocurre cuando edita el tratado de *Introducción al estudio del derecho argentino*, en cuyo capítulo de antecedentes históricos se encuentran establecidos sus puntos de vista y hasta desenvueltos novedosamente para el público lector y aun para los juristas e historiadores rioplatenses. Los problemas que por entonces trataba García, al uso y estilo de sus primeros conceptos filosóficos, pueden considerarse, con justicia, asequibles para las demostraciones de sus enunciados fundamentales.

“Nada explica tan bien el desarrollo del Derecho (1) — afirma nuestro autor — como el análisis y notación de los sentimientos que en las diversas épocas contribuyeron a formar las instituciones y las costumbres. Para comprender los orígenes del derecho argentino, he investigado los que predominaron en Buenos Aires desde 1600 hasta mediados del siglo XVIII, buscándolos en las fuentes originales; documentos públicos y privados, crónicas coetáneas; única manera de conseguir la impresión propia, que mala o buena, tendrá siempre el mérito de ser personal y sincera. Tres o cuatro se destacan con bastante nitidez; el pundonor criollo, el culto nacional del coraje, el desprecio de la ley; que han sido los motivos de la voluntad social de esa época. El lector los percibirá animando todos los fenómenos, imprimiendo sus rasgos peculiares a la evolución de la sociedad y del derecho, incorporados al organismo físico individual de una manera permanente y definitiva, como los demás sentimientos comunes, la simpatía, la familia, el patriotismo...”

Es la primera advertencia autorizada que, en el campo de nuestra historia vivida, establece la presencia y acción de verdaderas fuerzas transformadoras y originarias de hechos sociales de trascendencia; de un encadenamiento de causas y efectos, con sus más verosímiles relaciones y conexiones entre

(1) Esta premisa estampada también, en la “introducción” de *El régimen colonial* no contiene más substancia de doctrina que las que ofrecen otras afirmaciones que de ella derivan, aparecidas como lemas de sus subsiguientes elucubraciones: véase *La Ciudad Indiana, passim*, e *Introducción al estudio de las Ciencias Sociales argentinas*.

la organización social y la política y con esta última la jurídica y económica. Pero fueron más lejos sus aspiraciones cuando, en plena posesión del sujeto que estudiaba, penetró en las modalidades de otras conexiones, de caracteres altamente interesantes; sutiles, elevadas por su sentimentalismo y profundas por su naturaleza esencial.

Pareció, por entonces, a los historiadores platenses, liberales y románticos, que de las narraciones, anecdotarios y relatos-discursos, del uso corriente, surgían, como retoños de troncos añejos, historias sociales.

Coetáneos de García pero declarados por sí o considerados con menor precisión entre los opositores de Carlyle, y cerca, muy cerca, de Buckle, Guizot y otros historiógrafos positivistas, fueron Francisco y José María Ramos Mejía, sin que el atractivo de la originalidad pueda atribuirse en mayor proporción, y en lo que cabía, al autor de *Las multitudes argentinas*, y *Rosas y su tiempo* (1).

Pero estos nombres respetables que dan un nuevo y sugerente rótulo a los estudios del pasado argentino, fuerza de expresión y atrayente contenido, no pueden ser el objeto incidental de estas reflexiones. Nos proponemos extender estos comentarios, sobre unos y otros, cuando las circunstancias y el tiempo nos lo permitan.

García trata de contribuir al conocimiento de las ideas y sentimientos dominantes durante el "período colonial", de sus instituciones, de las fuerzas y circunstancias que obran y dirigen la evolución de la sociedad rioplatense. Su pensamiento quiere vincularse al pensamiento de otras sociedades y a las

(1) No nos proponemos desestimar los esfuerzos de los predecesores y colegas de García. Liberales por temperamento participaron de las tendencias espirituales del moderno movimiento social. Algunos llegaron a la cátedra y a las más altas funciones públicas, y entre los desaparecidos, Francisco Ramos Mejía, nos dejó escritos de sumo interés después de haber hecho prácticas las nociones que le sirvieron de fundamento; lo que no pueden hacer los declamadores que, en todos los tiempos, han vivido en la Universidad argentina con la obsesión de la jerarquía, obtenida como resultado de felices enjuagues de alquimia o de enfáticos libros andróginos.

distinciones de tiempo y lugar, pero a todas ellas las comprenden enlazadas y a veces confundidas en un solo haz, que representa para actores e intérpretes de esa evolución espiritual los valores de continuidad y unidad.

Por la apariencia muy modesta no nos permitiríamos afirmar que este autor pretendiera ensayar una "historia en filósofo" a lo Voltaire. Sus medios de análisis y crítica le privaban el empleo de expresiones de atildado tecnicismo, conformándose con llamar la atención sobre el origen étnico inmediato, las costumbres, las ideas dominantes y ciertas otras manifestaciones de cultura; separando lo que no podía estar unido y atribuyendo a la vida de las masas y al papel de los hombres dirigentes, la respectiva importancia que en realidad han podido atribuirles los historiadores de la misma tendencia o escuela.

Si se le hubiera interrogado al autor de *La Ciudad Indiana* sobre el modelo europeo que ofreciese un parecido o correspondencia esencial con el criterio historiográfico por él desenvuelto, habría pensado más en la obra modesta de Justo Möser que demostró el alto interés de la historia social, que en los estudios famosos de Niebuhr (1).

Habiéndose servido de la cátedra universitaria para enunciar y discutir los mismos problemas que se imponía en la tarea de la investigación en los archivos, como se lo sugiriese la enseñanza de Fustel de Coulanges, consideramos que no es de rigor recordar las principales afirmaciones que hiciera en cuanto al método, tratándose de sus propios discípulos a quienes se dirigen estas páginas. Ellas tuvieron mayor repercusión en aquellos momentos en que fueron expuestas porque aparecían en el campo incierto de las "ciencias morales y políticas", con toda la importancia de las primeras tentativas que buscaban la aplicación de procedimientos probados con éxito en ciencias de naturaleza distinta.

Se propuso además, como bien se sabe, en los estudios so-

(1) E. FUETER, *Histoire de l'historiographie moderne*, 491, París, 1914.

ciales, recoger las enseñanzas de la tradición argentina, tradición que por entonces, según sus afirmaciones, no había penetrado en la Universidad; y entre sus afirmaciones insistía en aquella que trataba de demostrar a los estudiantes universitarios “que la idea de formar ciencias argentinas era factible, que nuestros fenómenos económicos, políticos y sociales, eran y son tan interesantes como los europeos. Aun con la aplicación de los nuevos métodos al estudio de los fenómenos morales se ha visto que el derecho, la religión, el idioma, la economía, la política, son productos regionales, el resultado de los sentimientos y deseos de los hombres”.

Todas estas premisas e inferencias, si no enaltecen el valor de aquellos primeros ensayos historicistas de García, tampoco le contradicen, máxime cuando ellas se han elaborado progresivamente por los que comprenden en sus enunciados de los hechos históricos a todo el “fenómeno de la civilización”, para que al combinar elementos a veces distintos logren dejar en sus lectores una impresión de unidad, de desarrollo armónico, de posible y humana realidad.

No nos proponemos en estos comentarios sugerir antinomias de textos, contradicciones o adaptaciones de ideas viejas. Si en la difícil tarea de la elaboración de conceptos se deslizan en esas y otras exposiciones de doctrinas elementos contradictorios, como suele ocurrir — particularmente entre los comentaristas americanos de teorías europeas — deben explicarse más como interferencias del primer momento en lugar de atribuirles el de negligencia en la correcta información.

En el caso de este autor ha existido, bien se advirtió, un punto de partida en sus conceptos jurídicos y sociales y luego una elaboración posterior, que en ciertos aspectos aparece con ligeras formas de amalgama, conceptos que fueron derivando hasta verlo consagrado al estudio de la evolución nacional, superficialmente en sus formas materiales, pero con verdadera preferencia cuando se refería al intercambio y discusión de ideas — la síntesis de la evolución espiritual — “a la cual afluye, como las múltiples corrientes que forman un gran río, y de ella salen aumentadas y robustecidas, las nuevas aguas que

irrigan el pensar argentino. Así, su historia deberá comprender todo ese movimiento de la vida argentina desde sus orígenes hasta nuestros días”.

Y nos parece oportuno apartarnos de la doctrina sociológica de García en el momento que asienta en su *Introducción*, etc., que la ciencia de Augusto Comte debe ser una ciencia nacional. Preferimos, en cambio, seguirlo en sus aplicaciones del concepto que ha expresado de la historia, y que no es otro que el de los pensadores que continuamente recuerda en los sucesivos escritos de que es autor.

Puede afirmarse que su obra capital es *La Ciudad Indiana*. Los estudios que diera a luz después, y cuya enumeración no corresponde hacer en este momento, sólo prolongaron y mantuvieron el vigor de sus ideas y la ya acentuada distinción de sus juicios y expresiones.

Se ha dicho, acertadamente, que los historiadores de su estirpe han encontrado en el estudio de las sociedades elementos muy expresivos para interpretar la verdadera vida del pasado; aplicando a esa revisión los procedimientos que aconsejan los maestros preceptistas del método histórico y los paradigmas que eligieran para dirigir y ensayar el más amplio examen de los fenómenos sociales.

Y si Juan Agustín García aparece en la literatura de nuestro país como un modelo de aplicación de conceptos y estilo nuevos, sugestivos por igual, penetrantes por los matices que descubre cuando se propone estudiar la vida colonial, ha debido corresponder a una categoría conceptual adecuada a su propia psicología, y que, sin equívoco alguno puede advertirnos a los lectores de hoy, que dejó el signo inconfundible de la influencia de un espíritu sobre otro espíritu.

Poco o nada se reconoce de supuestas influencias si se buscan en el *Régimen Colonial* reminiscencias verbales, giros de estructura en la composición escrita o en otras fuentes de identificación, posibles de utilizar para ese objeto. Pero no dejó de llamar la atención a los cultores del género histórico, que en *La Ciudad Indiana* se encontraran trazos muy seguros de la vida argentina de otras épocas, ya entrevistos en otras explicaciones de so-

ciedades evolucionadas, en un estilo armonioso, sugerente, de giros muy personales y sobriedad elegante, tan genuina de los grandes escritores de Francia.

¿Cuáles fueron esos maestros, sus autores de cabecera?
¿Cuáles las circunstancias que dieron ocasión a que se conmoviera su sensibilidad?

Ha podido entreverse, aun en los trabajos preliminares, que el análisis por el análisis de los testimonios o de los hechos le afectaba el ánimo; que la narración pormenorizada de los acontecimientos no le cautivaba; las causas inesperadas y sus consecuencias jugaban un papel demasiado circunscripto como para que su espíritu pudiera correlacionar los momentos de vida pretérita que “pretendía vivir” y hacer comprender en su mayor intensidad. Por ello su personalidad de escritor se destacó debido al conjunto de calidades que le fueron reconocidas entre todos los cultores del género histórico en nuestro país. Su obra se consideró de mérito indiscutible, no obstante la desigual intensidad del raciocinio en ella ejercitado para desarrollarla, lo que sería posible comprobar meditando sobre la presentación un tanto esquemática o imprecisa de muchas de sus partes.

“Tal vez complete algún día este trabajo — dice el autor cuando se ocupa de la organización colonial—estudiando detenidamente el siglo XVIII. La sociedad porteña sufrió entonces una transformación completa. Consolidadas las fortunas penosamente adquiridas durante el siglo XVII, la riqueza modificaría los sentimientos de la clase dirigente, facilitando la comprobación simpática de la nueva filosofía...”

A García no correspondía exigirle estudios definitivos. Uno de sus más grandes anhelos fué el de perfeccionarse, más en el esbozo de perfiles y caracteres que en la obra del expositor y crítico implacable. Y todo ello realizado en giros muy pausados, sin el más mínimo apresuramiento.

De sus primeros esbozos sobre los antecedentes del derecho argentino y en particular de la legislación indiana, que por diversas razones no lograra conocer en toda su amplitud; como de los ensayos de comprensión de caracteres, aspectos sociales

y vidas de real movimiento o singularidad, que habían permanecido ignorados en el campo de nuestra historia política, extrajo, para sí, la convicción de lo difícil y contingente del éxito pleno de tales ejercicios de expositor del pasado, como cuando afirma, en *La Ciudad Indiana*, “Alcanzar la verdad histórica es un feliz accidente”.

Al tomar su dirección como escritor y al elegir los modelos que más le impresionaran en materia de historiografía contemporánea, se inició, a nuestro juicio, con el autor de *Los orígenes del Cristianismo*. Cómo continuó, en qué aspectos de su obra histórica se advierten otras influencias espirituales y acaso la manifestación de su temperamento, de sus modos sutiles y vagos asertos, lo trataremos de decir en el desarrollo de subsiguientes comentarios.

Parece que, como Renan, consideró a la ciencia positiva como única fuente de verdad; pero sin haber revelado en sus ideas y sentimientos fundamentales, nada de aquella transformación que fuera la característica de su modelo.

Si recapacitamos sobre ciertas modalidades sociales, hoy tiene menos importancia y consecuencias que ayer el haber sido criado y educado entre sacerdotes o mujeres de creencias religiosas muy arraigadas. De Juan Agustín García no se sabe más que pueda tener interés para una calificación de contenido ideológico-sentimental, que siempre fuera un espíritu amable y tolerante, y que en esos aspectos de su vida, sin conflictos, se prestó a las más humanas concesiones... La memoria nos trae el recuerdo de aquellos comentarios sobre el espíritu religioso de nuestros antepasados, — que también estampa en *Los Jardines del Convento* — y en los cuales puede advertirse, más que la propia cuestión histórica, el hilo finísimo que ha sabido buscar entre la trama del alma humana y que su poderoso don de intérprete de caracteres concluye por revelarlo a sí mismo.

La confianza en sus demostraciones, radicaba en los procedimientos de crítica histórica que, sin ser análogos ni tan rigurosos como los de sus preceptistas, diéronle una noción nueva de los hechos, procedimientos que fué frecuentando en lo po-

sible para darle a la construcción que se proponía, la mayor seriedad. Esos agregados y perfeccionamientos, pero muy amalgamados, se notan en los escritos posteriores a *La Ciudad Indiana*.

Lector asiduo de Renan, Taine, Fustel de Coulanges y otros historiadores contemporáneos, Juan Agustín García encontró en las obras capitales de unos y otros el rasgo distintivo que impresionara su sensibilidad. Tuvo el anhelo de la verdad y circunspección, de las expresiones de una gran sobriedad que en el supremo esfuerzo de la síntesis sólo pueden alcanzar los escritores de raza, y al tratar de ser certero en las descripciones de ambiente, como alguno de sus maestros, supo comprender mejor a los caracteres individuales y aun a las manifestaciones colectivas que estudiara.

Esa literatura francesa e inglesa de fines del siglo XIX, que al Río de la Plata llegara, verosíblemente, muchos años después, ejerció una suerte de dictadura espiritual en el núcleo de los universitarios bonaerenses que apartándose de los afanes profesionales y de la tendencia de las historias genealógicas, biográficas y vindicativas, se propusieron imprimir a estos estudios mayor dignidad y muy diverso contenido.

No dejaron de aparecer escritores imbuídos de la filosofía de la época, netamente positivista, que advirtieron la posibilidad de formular "leyes históricas" según fueran ellos, en la médula, racionalistas o románticos, y también los que gustaran de las manifestaciones poligráficas a lo Brunetière, emitieron de vez en cuando, juicios y palabras elocuentes sobre tantos problemas que interesaban al hombre moderno, después de haber sido motivos de hondas preocupaciones para las sociedades antiguas. Pero García jamás demostró como pensador que fuera capaz de excesos verbales o de doctrina.

La aparición en el campo de la literatura nacional de autores como José Manuel Estrada, Francisco y José María Ramos Mejía, Juan Agustín García y algunos más, confirma el juicio ya expresado, según el cual a los aspectos más importantes y auténticos de la respectiva filiación doctrinaria, deben an-

teponerse y reconocerse en todos ellos las calidades propias de ilustración académica y brillo intelectual.

García expresa categóricamente que no pretende ser original, que en *La Ciudad Indiana*, fácilmente se notará la influencia de Taine en la filosofía política, de Fustel de Coulanges en el método. Ha seguido con preferencia los consejos de este último: “estudiar directa y únicamente los textos en el más minucioso detalle, no creer sino lo que demuestran, y separar resueltamente de la historia del pasado las ideas modernas que un falso método ha llevado”.

De los autores nacionales que acabamos de recordar es el más porteño de todos, en el concepto que erigía a Buenos Aires como cabeza visible de toda la civilización hispano-sudamericana.

Lo demuestran acabadamente su genealogía y estilo, los temas que trata, desarrollos y comentarios calificativos, así como cuando plantea en *La Ciudad Indiana* y repite, muchas veces después, lo que considera en general como organización institucional durante la época de la dominación hispánica. Su pensamiento se circunscribe indudablemente a examinar y comprender a la sociedad rioplatense.

Se ha dicho muchas veces que puede encontrarse una gran analogía entre *La Ciudad Antigua* de Fustel de Coulanges y la recordada *Ciudad Indiana* de García. A nuestro modo de ver, las semejanzas pueden circunscribirse a determinados temas de la exégesis y a ciertos pasajes del estilo expositivo.

En cambio, el concepto fundamental que sirve de médula a toda la obra de Fustel es diverso y de mayor trascendencia que el que se propone considerar García. Será para este objeto suficiente recordar que el asunto de la primera parte de *La Ciudad Antigua* es el estudio de las creencias religiosas, de las cuales hace derivar todo su sistema de interpretación de los hechos sociales de mayor significado en la evolución espiritual de los pueblos y civilizaciones que considera.

En *La Ciudad Indiana* los fundamentos de la exposición de nuestro pasado virreinal son más exiguos, si se quiere rudimentarios, y diversamente apreciados en su influencia social.

Cuando habla de la ciudad y de las campañas, de los indígenas como factor económico, de los elementos étnicos, de los usos y costumbres, de las clases sociales, sus industrias, etc., la imaginación del lector rara vez es conducida por el escritor a otros centros de cultura, villas y haciendas del virreinato. Esa lucha constante y renovada que García ha querido ver entablada entre la sociedad y sus mismas instituciones, como síntesis impresionante de su sistema de interpretación de todo un pasado y hasta como carácter esencial del pueblo argentino de los tiempos recientes, lo dejaría expuesto a que lo tildaran de contradictorio, pero al parecer se debe a que él buscara lo que llamó “el espíritu de los sucesos” o “la idea que anima a los hechos de nuestra historia”.

Para aclarar sus convicciones de estudioso respondía a los escépticos lectores que nunca faltan, que “en ninguna parte es tan maravillosa la trabazón de las cosas como en el movimiento sucesivo de las generaciones, que constituyen la Historia”, advirtiéndole que en éstos, como en otros fenómenos, “el libro de la vida permanece cerrado para el que no se afana en descifrarlo” (1).

Sin denunciar el evidente conflicto en que debió estar con muchos historiadores argentinos, que como románticos de pocos fundamentos, afirmaban la excelencia del pasado, se contrajo a conocerlo sin malquererlo ni glorificarlo. Trató de repetir la severa y penetrante experiencia de Hipólito Taine, en aquella primera parte de su obra: *Les origines de la France contemporaine*.

Pero si en los libros de García no se encuentra el modelo de rigor inflexible en el análisis agotador, de manifestaciones rutilantes de la imaginación, como los que hicieran la notoriedad del historiador francés, se comprueban, no obstante, otras calidades. Se destacan, ante todo, sus recursos de escritor para dar vida a la acción y de los que se sirve para explicar los fenómenos psicológicos que examina y sabe sintetizar con fáciles expresiones.

(1) GARCÍA, *La Ciudad Indiana*, 5

Y en el afán persistente de encontrar el fondo mismo de esos fenómenos psicológicos, buscó la trama para fundamentar sus explicaciones en la poesía popular. Por ello terminó sus días hojeando los libros de nuestros poetas, para vivir las últimas emociones con Hidalgo, Ascasubi y Rafael Obligado.

Con todo, y no obstante las sorpresas que la obra de García nos ofrece a cada paso, reconocemos su grande importancia, la riqueza de ideas que aportara al acervo de la cultura científica y la demostración indiscutible de habernos hecho ver y apreciar muchas realidades de la historia de nuestro país.

Luis María Torres.

Belgrano, 2 de Agosto de 1923.